

Tema 7: Fe y obras **“Por sus frutos los conoceréis” Mt 7,16**

Objetivo: Caer en la cuenta de la importancia de mis obras, por ser éstas la concreción de mi fe en Cristo y su expresión de cara a los demás.

Introducción

Leemos en la segunda carta a los Corintios que el que es de Cristo es "una criatura nueva" (2 Co 5,17). Ciertamente el creer en Cristo lleva a una total renovación, especialmente en nuestro interior, y permite ver el mundo de un modo diferente, a través de los ojos de la fe.

Sin embargo, como advierte Santiago en su carta, la fe no puede permanecer en nosotros como algo estático, sino que necesariamente nos debe mover a actuar, y sólo en ese movimiento hacia los demás, es llevada a la plenitud. La fe es el primer paso, y es además la causa del segundo, que son las obras ("*Muéstrame tu fe sin obras, y yo por mis obras te probaré mi fe*", St 2,18). De ese modo, las obras contribuyen a "completar" la fe, de modo que ésta no sea una fe vacía, sino que lleve a hacer el bien a todo el que la ha recibido. El Papa Benedicto XVI nos muestra una serie de ejemplos de las grandes obras que los hombres han llegado a realizar, movidos por su fe en Cristo: "por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega [...]; por la fe, los Apóstoles dejaron todo para seguir al Maestro [...]; por la fe, los discípulos formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los Apóstoles [...]; por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio [...]; por la fe, hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo, dejando todo para vivir en la obediencia, la pobreza y la castidad" (Benedicto XVI, Carta apostólica *Porta Fidei*, 13).

Es evidente, por tanto, la importancia de que la fe nos mueva a actuar en nuestras vidas, pero debemos mantenernos alerta frente al extremo opuesto. Cuando las obras no nacen de la fe se puede llegar a caer en un activismo que las deje vacías, o incluso peor, pueden llegar a estar movidas por nuestro propio interés o vanidad. El cristiano es realmente un instrumento de Dios, y no debe perder de vista el hecho de que es Él siempre el que actúa, aunque lo haga valiéndose del hombre. Dios es la fuente de todo, y la causa última de nuestro actuar, y no perder esto de vista será fundamental para que todas nuestras obras tengan siempre un sentido pleno y contribuyan a edificar el Reino de Dios. Así lo afirmó María, que respondió ante el anuncio del ángel con un "hágase en mí según tu palabra". Ella se sabía instrumento de Dios, pero sabía que era el propio Dios el que tenía que actuar.

A todo ello se añade el papel esencial que en la realización de obras buenas desempeña la caridad. Si entendemos la fe como el modo que tiene el hombre de acoger el amor de Dios, tiene sentido considerar nuestras acciones como la manifestación espontánea o implícita del amor de Dios por los hombres, y la respuesta que los hombres dan a ese amor. Estas características son claras en la figura de Jesucristo, que nos anima a amarnos "como Él nos ha amado" (Jn 15,9), y del que dice S. Lucas que pasó "haciendo el bien" (Hch 10,38).

Esta herencia del amor de Dios en Jesucristo la recoge hoy en día la Iglesia, cuya actividad hacia los hombres tiene su fuente en la caridad, y en la convicción de que, por ser criaturas de Dios, hemos sido amados, y estamos llamados a responder a ese amor llevándolo a los demás a través de nuestras obras. Así lo recordaba Benedicto XVI en el mensaje para la Cuaresma de 2012, en el que se refería a la importancia de la ayuda al hermano con las siguientes palabras: "La atención recíproca tiene como finalidad animarse mutuamente a un amor efectivo cada vez mayor, «como la luz del alba, que va en aumento hasta llegar a pleno día» (Pr 4,18),

en espera de vivir el día sin ocaso en Dios. El tiempo que se nos ha dado en nuestra vida es precioso para descubrir y realizar buenas obras en el amor de Dios."

Otra importante dimensión de las obras del hombre es la que las convierte en un testimonio de fe ante el resto de los hombres. Decía San Juan Bosco que la prédica más eficaz es el buen ejemplo, y así lo vemos en nuestra rutina diaria. Muchas veces no encontraremos la manera de hablar de Dios a los que nos rodean, pero siempre podremos, a través de nuestro ejemplo y de nuestro modo de actuar, hacer ver que nuestra vida ha sido completamente transformada por Aquél que nos ha amado: "A través de la vida moral la fe llega a ser confesión, no sólo ante Dios, sino también ante los hombres: se convierte en *testimonio*" (VS 89).

Así pues, del mismo modo que "el árbol bueno da frutos buenos, pero el árbol malo da frutos malos" (Mt 7,17), pidamos al Señor en nuestra oración que seamos capaces de fortalecer nuestra fe mediante obras buenas, que den copioso fruto para la Iglesia y para el mundo.

Partiendo de la vida (ver)

1. Presentar hechos de mi vida en los que, pese a estar seguro de mi fe, no he sido capaz de concretarla en obras. O al contrario, hechos en los que la oración y la vida espiritual han sido la fuente que me ha animado a comprometerme en alguna actividad para bien de los demás.
2. Mostrar alguna ocasión en la que me haya encontrado colaborando en gran cantidad de actividades a nivel parroquial o diocesano, pero llegando a olvidar por qué las hago o qué me mueve, y perdiendo éstas su sentido inicial.
3. Mencionar algún hecho de vida en el que el amor a Dios o a los hermanos me haya animado a realizar algún tipo de obra buena. También puedo comentar aquellos hechos en los que mis acciones no estaban movidas por el amor, sino por mi egoísmo o interés propio.
4. Quizás en algún momento mis obras se han convertido en testimonio de mi fe ante personas no creyentes. Puedo compartir aquellos momentos en los que, viendo cómo actuaba otra persona, he visto fortalecida mi fe por su ejemplo y su amor a Dios.

Iluminación desde la fe (juzgar)

A) Sagrada Escritura

- La epístola de Santiago dedica un capítulo casi completo a la relación entre la fe y las obras (St 2,14-26).
- Jesús emplea parábolas para explicar cómo la caridad lleva a realizar buenas obras, como se ve en la del buen samaritano (Lc 10,25-37). En la parábola de los dos hijos (Mt 21,28-31) vemos cómo nuestras obras serán buenas si cumplen la voluntad del Padre.
- Jesús dice a sus discípulos que las buenas obras han de brillar como la lámpara en el candelero (Mt 5,13-16). También resalta la importancia de las obras frente a los que sólo tienen buenas palabras (Lc 6,46-49).
- San Pablo, en su epístola a Tito, explica cuáles son los deberes propios de los buenos cristianos (Tt 2,1-10).
- San Juan en su primera epístola comenta las condiciones para vivir como hijos de Dios, y entre ellas incluye el amar no con la boca, sino con obras y según la verdad (1 Jn 3,12-24).

B) Magisterio de la Iglesia

- Podemos leer los puntos 1815 y 1816 del Catecismo, sobre la importancia de que la fe vaya acompañada de obras, y se convierta así en testimonio para el mundo.
- El número 1821 del CEC nos muestra cómo el cristiano puede alcanzar el gozo del cielo a través de las buenas obras realizadas. También puede resultar útil el punto 1829, que explica la relación de la caridad con las buenas obras.
- En la encíclica *Evangelium Vitae*, Juan Pablo II se refiere a las obras del cristiano, las heroicas y las cotidianas, como signo de entrega de la propia vida y participación de la cruz de Cristo. Podemos leerlo en los puntos 86 y 87.
- Otra encíclica que puede ayudarnos a profundizar en este tema es la *Veritatis Splendor*. En su número 78 se nos explica la importancia de las obras desde el punto de vista de la moralidad del acto humano. El número 89 ahonda en la coherencia imprescindible de todo cristiano, para mantener la unidad de vida y convertir todo acto en un testimonio de la fe.

Compromiso apostólico (actuar)

El compromiso personal de este tema puede ir orientado a dar un paso más en nuestra relación con Cristo a través de nuestros hermanos. Para ello, podemos pensar en aquellas personas que solemos tener en nuestras oraciones, buscando qué podemos hacer nosotros por ayudarles de modo activo, y no solo a través de la oración.

También podría ser este un buen momento para pasar del “habría que hacer” al “voy a hacerlo yo”, en cuestiones parroquiales o de familia que a todos nos preocupan pero de las que no se ocupa nadie.

Otro buen compromiso sería tratar de atender a esa persona cercana que me parece que necesita ayuda, ya sea material, de compañía, de consejo, y proporcionarle también ese tipo de apoyo y no sólo el de la oración.

Como grupo, podemos aprovechar la oportunidad para analizar el modo y frecuencia con la que revisamos el Plan Personal Militante. Comprometernos a revisarlo asiduamente y de modo exhaustivo puede ayudarnos a crecer en el servicio a los hermanos y a la Iglesia. Para los que no sigan el Plan Personal Militante, el compromiso puede consistir en pedir al Consejo Diocesano formación sobre él y poner en marcha este precioso instrumento.

De forma personal o en grupo podemos estudiar, por ejemplo, los números 426 al 451 del YOUCAT, que tratan muchos temas acerca de nuestras acciones y su valor moral.